

riencias y observaciones personales de Francis que lo llevan a indagar en la literatura, la historia y otros saberes que puedan auxiliarlo. Así y todo, tiene a mi juicio un inmenso valor, pues si le quitamos pretensiones filosóficas, que no tiene (a pesar del comienzo y del final, del colofón en el que cita a Heráclito); así y todo, digo, tiene dos virtudes que no puedo dejar de señalar. La primera es la relativa dependencia de la existencia corporal del mundo que nos rodea, de las actividades que emprendemos, del empeño que se pone en el vivir diario. Porque no todo es atávico, genético, y nuestro cuerpo es receptor del mundo entorno, es paciente y pasible, dicen los filósofos.

La segunda es la falibilidad de la medicina y la ciencia, al mismo tiempo que su auxilio, en la cura de las dolencias y enfermedades. Todo lo cual nos dice de nuestra débil naturaleza que, como afirman metafísicos y teólogos, necesita del arte que imita la naturaleza para dotar a la falible forma humana de recursos para subsistir y perseverar en la peregrinación. Claro, esto no lo dice Gavin Francis. Lo digo yo, porque su texto permite esa meditación, alejando la pesadilla post y transhumanista. Porque la medicina sabe cómo hacerlo, lo que la filosofía debe enseñarle es el por qué, indicarle el fin bueno al que ha de servir.

Juan Fernando SEGOVIA

Dieter Thomä, *Puer robustus. Una filosofía del perturbador*, Barcelona, Herder, 2018, 664 págs.

Publicado originalmente en 2016, este libro de Dieter Thomä, filósofo, profesor en la Universidad de St. Gallen, trata cómo la filosofía, especialmente la política, encara a los perturbadores del orden, de la paz. El *puer robustus* es, literalmente, el joven fuerte, el muchacho vigoroso, y análogamente puede decirse también del hijo transgresor, del muchachote inadaptado, del indócil y el rebelde, del revolucionario, del excluido. La figura ha tenido en la historia numerosas versiones y las que estudia el autor parten del siglo XVII y llegan a nuestros días.

Sin embargo, más allá de las analogías, Thomä opta por entender al *puer robustus* en un sentido estrictamente político: es el «hombre malvado» que Thomas Hobbes describe en el prólogo de *De cive*, que es «aquel chico que ha crecido fuerte y robusto», al igual que ese «hombre con inclinaciones pueriles». El que escapa

a la inclusión, ¿es un sobrante del sistema?, ¿ha perdido potencial disruptor? El extraño, ¿está opuesto al orden?, ¿odia el orden?

El planteo trae a consideración un problema eterno de la política, no obstante que hoy el *puer robustus* esté mutando y a veces parezca ilegible. Es la actualidad de la rebeldía y el desorden, asegura Thomä: la relación entre el orden (que bien se diría mejor organización) y su perturbación. Y el tratamiento propuesto es materialmente histórico y formalmente filosófico y literario: la marginalidad política y social, los anómalos y anómicos, los que están en el umbral de lo normal, los que por excluidos se quedan fuera.

Luego de la «Introducción» en la que el autor plantea el problema, el libro se despliega en doce capítulos que describen otras tantas formas del *puer robustus*. El primero lo ocupa el mencionado Hobbes: es el hombre malvado, que en algún pasaje identifica como el hombre sin dueño, sin amo, libre en extremo, incapaz de integrarse a la sociedad porque su egoísmo hace que ponga la autoconservación delante de todo. La interpretación de Thomä es inteligente, aunque cuestionable, si bien a esta altura Hobbes permite muchas lecturas.

El segundo considera el buen salvaje de Rousseau (un semejante del hombre sin amo de Hobbes), que madura en la medida que se civiliza de un modo no impuesto sino pactado: no ingresando en una civilización ficticia e injusta, sino creando a voluntad una comunidad compacta que preserve la igualdad. En Rousseau, como en Hobbes, perder el hombre su naturaleza subversiva comporta crear una nueva realidad que, de un modo u otro, lo someta y domine de modo justo, porque el hombre mismo la crea y a ella se abandona. También se podrían imponer otras lecturas de Rousseau, pues se sabe que el ginebrino albergaba en su interior diversos protagonistas.

Luego, en un tercer momento, el *puer robustus* se convierte en un personaje de Diderot, «el sobrino de Rameau», el imbécil adulto capaz de todo crimen, que pone en escena el límite social que separa la razón de la locura. Personaje que se ha reiterado en la historia de la literatura política, alimentando las teorías de Marx, Hegel o Foucault.

Avanzando en el texto, nos encontramos con una nueva reencarnación, pues en Schiller toma cuerpo el niño arisco, que de hijo malvado deviene salvador fuerte, como en su Guillermo Tell (cuarto capítulo). Y, enlazando, Victor Hugo ensalzará el *puer robustus*

como víctima de la maldad (Quasimodo), que se libera consagrándose a Claude Frollo, y así el animal se convierte en hombre (capítulo quinto). En el sexto capítulo encontramos a Richard Wagner que, en un giro similar, hace que el niño tonto, Sigfrido, también se vuelva héroe.

Y así llegamos a la séptima reencarnación del moderno *puer robustus*: el americano observado por Tocqueville que, a la vez, es el campesino del salvaje oeste y el explotado por el capitalismo. En el primer caso, es el hombre que no se sujeta a reglas; en el segundo, es víctima de la explotación económica. En uno y otro caso, el potencial revolucionario está a la vista, como retomará Marx y su proletariado antiburgués que encarna la humanidad toda en vías de liberación, tema de la octava mutación.

En un noveno momento, el *puer robustus* se ha convertido en el Edipo de Freud, prefigurado ya por Diderot, y que hará en la literatura larga carrera. Y en pleno siglo XX, el capítulo décimo muestra varias figuras del muchachote «empoderado», como los descritos por Carl Schmitt (el enemigo), Leo Strauss (el aventurero), Helmut Schelsky (los macarras, soberbios sabelotodo) y Mark Horkheimer (los salvajes que resisten el autoritarismo). Más adelante, se ha convertido (capítulo undécimo) en el Partido Comunista italiano al que Palmiro Togliatti definió en 1949 como «*puer robustus et malitiosus*, joven, enérgico y no se lo puede engañar», seguido por Mao Tse-Tung que, al proclamar la necesidad de ventilar la cárcel comunista admitió aparecerían rebeldes, a los que calificó de «hierbajos venenosos», malos tuyos.

Al final, en el capítulo decimosegundo, Thomä describe al *puer robustus* de nuestros días, en sus diferentes representaciones: el perturbador egocéntrico, del que da varios ejemplos; el perturbador excéntrico, que ha nacido de las crisis económicas democráticas; el perturbador masivo, el fundamentalista, que se apega al terrorismo; el perturbador populista que expone bajo la figura de Donald Trump; y... final del recorrido.

Bien escrito y bien traducido, de lectura amena sin perder profundidad, *Puer robustus* aborda un tema de enorme actualidad. Porque, ¿no se ha podido descubrir en nuestros días muchos jovencitos, y otros no tan jóvenes, rebeldes y transgresores?, ¿acaso nuestras sociedades no viven basculando entre una organización impuesta a golpes y ejércitos irregulares de la perturbación? Las llamadas democráticas a la inclusión, ¿no significan acaso una existente exclusión democrática? A pesar de ello, digo, no obstante las

bondades, el libro ha pasado casi inadvertido, al menos al público de lengua castiza.

Contracorriente, el libro debe leerse. Sin que sea menester coincidir con todas y cada una de las interpretaciones, a veces muy singulares, de Dieter Thomä. Quien, al fin y al cabo, es él mismo un *puer robustus* encargado de mostrar la imposibilidad del orden ideal en la Modernidad.

Juan Fernando SEGOVIA

Jonathan C. P. Birch, *Jesus in an age of Enlightenment. Radical Gospels from Thomas Hobbes to Thomas Jefferson*, Londres, Palgrave Macmillan, 2019, 516 págs.

La casa editorial Palgrave Macmillan, perteneciente a la compañía Springer Nature Limited, ha iniciado en 2015 una serie de publicaciones bajo la colección «Cristianismos en el orbe transatlántico» (*Christianities in the Trans-Atlantic World*) atendiendo a la creciente importancia de la religión en ese moderno espacio, y que tiene como editores a Crawford Gribben (Universidad de la Reina de Belfast) y Scott Spurlock (Universidad de Glasgow), contando con un comité editorial en el cual destacan conocidos historiadores, entre ellos John Coffey (Universidad de Leicester), John Morrill (Universidad de Cambridge) y Mark Noll (Universidad de Notre Dame).

Este tomo, editado el pasado año, está a cargo de Jonathan C. P. Birch, tutor en teología cristiana en la Escuela de Estudios Críticos de la Universidad de Glasgow, filósofo, especialista en estudios bíblicos e historia intelectual. ¿Teólogo? No parece, si bien trabaja con material teológico. El libro consta de ocho capítulos. El primero es la «Introducción» que limita la investigación en su objeto y su método: el Jesús percibido por la Ilustración en Europa y Norteamérica, con el propósito de enriquecer la perspectiva de esa época, que el autor califica de revolucionaria. En efecto, lo es, pues está dominada por corrientes (no tradiciones como afirma Birch) que se alinean en diferentes identificaciones filosóficas y «denominacionales» (las distintas denominaciones de las sectas protestantes). Sin duda que son éstas las que predominan ampliamente, si bien el autor (que define el contexto intelectual como pluralista) insiste en la influencia, todavía, de tradiciones patrísticas, tomistas, católico romanas reformadas y judías. Este contexto